



Introducción

Este libro procura ofrecer a lectores no especializados la historia de la política exterior de México en los treinta años siguientes al inicio de la Segunda Guerra Mundial, entendida aquélla como lo hacían algunos de sus artífices, entre ellos, Antonio Carrillo Flores: las decisiones de carácter estratégico o táctico que nuestro país tomó para la defensa y promoción de sus intereses en sus relaciones con el resto del mundo.

La política exterior en estos años jugó, según estudiosos que la han analizado, un papel marginal, secundario y meramente defensivo del proyecto interno; fue una especie de muro de contención frente a la dinámica internacional. Otros la han calificado de una política de bajo perfil cuyo objetivo era mantener un entendimiento especial con los Estados Unidos que le permitiera eliminar obstáculos y lograr apoyo para su crecimiento económico; hubo breves momentos en que estas relaciones se hicieron tensas al imponerse razones de política externa y, sobre todo interna, que llevaron a México a adoptar posiciones distintas e, incluso, opuestas a los estadunidenses especialmente en organismos internacionales. Sin embargo, se afirma que el Gobierno mexicano procuró siempre superar esas tensiones justificando su actuación con argumentos jurídicos y, las más de las veces, recurriendo a argumentos de tipo procesal y evitando hacer proselitismo en favor de su posición.

Estos juicios contienen gran parte de verdad, aunque al generalizar en el tiempo y en los temas, se minimizan diferencias, a mi ver sustanciales, entre períodos gubernamentales y en el manejo de asuntos concretos. Estas diferencias emergen con mayor claridad si incorporamos a nuestro análisis tanto las grandes líneas de la política y los principios en

que ésta se ha basado —que en muchos casos anteceden o trascienden al periodo que estudiamos—, cuándo la forma en que se llevó a la práctica aquella política: la diplomacia cotidiana de México. Resumir en este libro este esfuerzo es absolutamente imposible. De ahí que haya elegido algunos asuntos que creo ejemplifican con claridad la actuación de nuestro país en el escenario internacional desde el inicio de la Segunda Guerra Mundial hasta el momento en que comenzaron a aflorar los desajustes en el orden internacional que se estableció a final de ese conflicto bélico.

La Segunda Guerra Mundial modificó sustancialmente la percepción del Gobierno norteamericano sobre la importancia de nuestro país para su seguridad vital, que dio a México —convencido éste de antemano de que sus posiciones antifascistas lo empujaban hacia el bando de los aliados— una mayor capacidad de negociación frente a su vecino del norte, tanto para encontrar soluciones a los problemas bilaterales, añejos y nuevos, más importantes, como para hacer frente a los problemas que la emergencia bélica provocaba en el país y, también para aprovechar las oportunidades que ésta ofrecía. La cooperación entre las dos naciones durante la guerra fue amplia tanto en el terreno político, como en el económico y, por supuesto, el militar. Esta cooperación y, en general, el estrechamiento de los lazos de todo tipo entre los dos países, en especial los económicos, dio paso a una profunda dependencia de los mercados de bienes y servicios y financieros norteamericanos, dependencia que fue casi absoluta durante los años cuarenta y principios de los cincuenta, para comenzar a descender lentamente conforme se recuperaron las economías europeas y japonesa. Los acuerdos firmados al calor del conflicto bélico, sobre todo en materia de deuda externa, restauraron el crédito internacional de México, el que adoptó un patrón de crecimiento económico que lo llevó a depender, cada vez más, de recursos financieros externos que volvieron a serle accesibles.

En los tres primeros capítulos nos referimos básicamente a la política de México hacia los Estados Unidos, lo que se explica y justifica por la profunda concentración de la atención que nuestro país dio a las relaciones con su vecino del norte, aun cuando no dejamos de mencionar su actuación en los organismos internacionales que se crearon en esos años. La actitud de México hacia éstos y, en particular hacia la Organización de Estados Americanos, pasó del entusiasmo inicial de que a través de ellos podía lograrse una época de paz con justicia a la desilusión y al deseo de mantenerse al margen del segundo, primero porque sintió que los objetivos prioritarios de aquellos no eran los de los países subdesarrollados y, después, porque vio cómo la guerra fría se filtraba en el organismo interamericano.

Dentro de los márgenes de concentración en la relación bilateral, en estos sexenios observamos momentos de mayor o menor interés de México en los asuntos internacionales; una especie de flujo y reflujo que continuó en los siguientes dos períodos presidenciales. Sin embargo, en el cuarto de ellos, el correspondiente al Gobierno de Adolfo López Mateos, apreciamos un mayor deseo de aumentar la presencia de nuestro país en el exterior y un esfuerzo inicial por diversificar los lazos económicos, políticos y culturales con naciones del continente americano y de otros. Este interés se redujo un tanto en el siguiente sexenio, aunque el Gobierno reconocía que el país no podía ya permanecer aislado.

Deseo resaltar al apoyo que me proporcionó Pablo Picato, quien con gran diligencia y perspicacia recopiló y organizó gran parte del material aquí incluido. Martha Elena Vernier pacientemente mejoró el estilo de este libro. María de la Paz Díaz y María Elena Hernández colaboraron en el trabajo de mecanografía. A todos ellos mi agradecimiento.